

famosa pareja del amor y la muerte recorre las páginas que constituyen cada narración, en el curso de aciagas aventuras, narradas en unos casos con cruel ironía (tal como ocurre en *La cama* 29 de Guy de Maupassant o en *Genoveva me espera siempre* de Hernando Téllez); en otros casos, de manera descarnada e imitando, en el propio lenguaje utilizado por los narradores, el ambiente sordido que envuelve a los personajes (es el caso de *Una mujer para la segunda madrugada* de Germán Santamaría y de *Josefina, atiende a los señores* de Guillermo Cabrera Infante) y, en otras ocasiones, con la sabiduría, la compasión y la rara ternura de dos grandes concededores del género humano: Gabriel García Márquez y Juan Carlos Onetti, representados en la selección con los cuentos *María dos Prazeres* y *Las Mellizas*, respectivamente.

Siempre ligada a la miseria, la enfermedad y la desgracia, en general, la prostitución devela en estos relatos la fragilidad de la condición humana; pues, más que el pavor hacia la muerte real, presente en *María dos Prazeres*, por ejemplo, es el miedo a la soledad o el acoso de la necesidad lo que obliga a Irma, Genoveva, Josefina, Marilyn o a las mellizas a empeñar su dignidad y su vagina a los usuarios y usureros del sexo:

“—¿No ve? —me dijo con resignación y lástima la segunda Melliza—. Lo que acabo de decir. Trabajar y cobrar. Porque el señor sabe que uno no vive de lo que trabaja sino de lo que cobra. Es un negocio. Una cosa por otra, y si uno lo hiciere gratis entonces sí es in-moral” (pág. 108).

Diana Umbra,

“Uno no puede inventar lo que le da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y las mentiras son más graves en la literatura que en la vida real. Dentro de la mayor arbitrariedad aparente, hay leyes. Uno puede quitarse la hoja de parra racionalista, a condición de no caer en el caos, en el irracionalismo total...”

Gabriel García Márquez en *El olor de la guayaba,*

La literatura es un espacio para el juego y la libertad; pero para jugar hay que

cumplir unas reglas, y el exceso de libertad puede llevar al caos. Dice Alfonso Reyes, en su ensayo *Jacob o de la poeta*, que el poeta debe ser esclavo de sus propias cadenas, con lo cual quiere significar que el trabajo del literato ha de ser completamente libre, autónomo, pero que si éste por sí mismo no posee un rigor del cual sólo él sea un implacable vigía, tampoco podrá construir una obra relevante.



Es difícil, entonces, establecer el límite entre lo admisible y lo inadmisible en la literatura. Y acaso ese límite sea más difícil de fijar tratándose de la literatura infantil, género en el que, supuestamente, hay licencia para hacer que un personaje vuele a bordo de una alfombra, un pegaso o una bicicleta.

El pegaso, sin embargo, tiene alas para volar; las alfombras, como tejidos que son, aún guardan cierta levedad que las podría hacer flotar como una hoja en el aire. Y de las bicicletas, ha dicho el cuentista mexicano Julio Torri que apenas permanecen sobre la tierra suspendidas sobre los dos puntos de la rueda que tocan la superficie al girar.

En *Diana Umbra*, un niño le quita la cadena a su bicicleta, precisamente

lo que le da impulso para andar, y, sin embargo, sale volando con todo y ella por la ventana de su cuarto, atraviesa la deteriorada atmósfera del planeta, llena de “gases en polución”, se acerca a la luna o a Aluna —aludiendo a un mito kogui, según una equivocación del autor— y llega hasta Saturno, la vía láctea y las constelaciones. Así, en una mezcla de fantasía, indigenismo y ecologismo barato, el texto pretende demostrarnos habilidades literarias que, a mi entender, está lejos de poseer.

El párrafo con que se cierra el libro: “La risa de Diana comunicó el cosmos. Los luceros aparecieron para ver quien reía con tanta alegría y al verla, prendieron todas las luces para hacer con las sombras de los agujeros negros, un claroscuro amoroso, decorando la danza del beso de las estrellas con los planetas...” es una estratagema literaria de sentido tan vano como las del famoso Feliciano de Silva, que hicieron perder la razón al hidalgo de la Mancha, es decir, algo así como: “Los altos cielos de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...”.

ANTONIO SILVERA ARENAS

La diatriba como discurso

Provocaciones

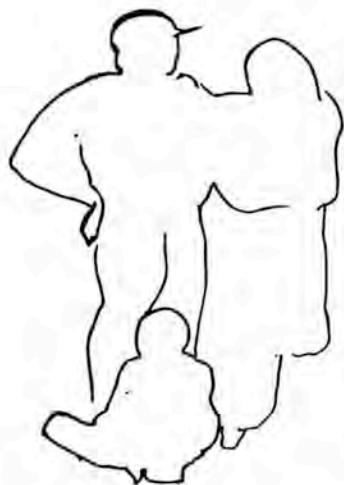
Rafael Gutiérrez Girardot
Editorial Ariel, Santafé de Bogotá, 1997.
229 págs.

Algun día de la inagotable década de los veinte, André Breton dijo (y André Breton queda en nuestra memoria por lo que dijo y tal vez por lo que hizo, no por lo que escribió) que el deber de todo artista era odiar a su país creativamente. Entiendo la sentencia como un llamado al escepticismo más absoluto, al enfrentamiento sin concesiones y a veces iconoclasta, porque sólo ello es capaz de depurar los peligros del nacionalismo soso, ciego y estúpido y que

siempre, sin que se sepa bien por qué, se vuelve pequeño fundamentalismo o chovinismo ingenuo y peligroso.

En los diez ensayos de *Provocaciones* (hay dos añadidos con respecto a la edición de 1992), Rafael Gutiérrez Girardot encuentra razones válidas para odiar a su país. No importa que el texto discorra sobre un filósofo español y otro alemán de la primera mitad de este siglo, Gutiérrez Girardot se las arregla para conducir los argumentos —o empujarlos, simplemente— a la crítica voraz en contra de las enfermedades nacionales, algunas veces, y en contra de los enfermos, las más de ellas. Sus víctimas predilectas son la familia Santos, la Universidad de los Andes, Germán Arciniegas, y en general cierta clase sociopolítica que aún habita impunemente en Colombia. Las simpatías del lector con cada una de estas opiniones registrarán su paso por el libro y su sensibilidad moldeará su actitud. Basta decir que existe, entre los derechos del intelectual, este tipo de ejercicio de venganza verbal; que muchas veces el tono anterior se torna sincero lamento por nuestra suerte; que estos ejercicios, inclusive, habrían de constituir parte de eso que algún filósofo llamó el *deber de indignación* de los ciudadanos; que, finalmente, emprenderla de tal forma contra todo hábito social o intelectual que al autor le parezca indeseable o corrosivo sólo puede resultar saludable: es la ausencia de esta actividad lo que declara la muerte de una civilización. Porque lo que hace Gutiérrez Girardot contribuye al debate, abre espacios de crítica, despierta la desconfianza y el escepticismo, elementos imprescindibles de supervivencia hoy en día. Gutiérrez Girardot es parte de la *conciencia odiada* de nuestro ámbito; es prueba de que la visión desde fuera es privilegiada, como lo explicaba la manida metáfora del bosque; y es feliz testimonio de que el sopor nunca es total en ninguna parte. No discuto, insisto, la posible verdad de las opiniones de Gutiérrez Girardot; porque, como creía Borges en una página poco escuchada, de qué boca salga la verdad durante el diálogo es indiferente. Pero la crítica feroz forma parte de la lucha contra el chovinismo intelectual y de cualquier otra naturaleza. Tal actitud

podría ser privilegiada en un ámbito como el latinoamericano, donde el desprecio ignorante sólo cede el paso a la adulación inocente y arribista. “La hispanística es, pues, una ciencia apologética —se lee en el ensayo *Ernst Robert Curtius como hispanista*—. Para ella y su praxis es evidente que en la historia intelectual europea no hay diferencia alguna entre Platón, Aristóteles, Kant, Hegel y Calderón de la Barca”.



Los ensayos de Gutiérrez Girardot tienen, es bueno decirlo, el atributo de la erudición. El ensayista es un serio estudioso de los temas que abarca; conoce artículos sueltos aparecidos en revistas, conoce otros documentos de mínima resonancia, si de ello depende la sustentación de un argumento. Particularmente apasionantes son dos textos: el primero, *José Ortega y Gasset. En el primer centenario de su nacimiento*, que contempla la relación del filósofo español (que Gutiérrez considera un maestro de la simulación, un estafador intelectual) con sus contemporáneos alemanes: Mommsen, Cohen, Scheler y Heidegger ilustran, para Gutiérrez Girardot, el arribismo de Ortega y Gasset, que se jactaba de amistades inexistentes con las grandes figuras del pensamiento moderno; que declaraba haberse anticipado a todas las ideas (salvo unas poquísimas) de Heidegger, el más grande renovador de la filosofía occidental contemporánea. Sintetizando vida y obra, crítica y chisme, Gutiérrez Girardot entrega una sentencia que hoy quizá puede empezar a

tenerse por cierta: “Lo que Ortega construyó fue un castillo de naipes —dice en *Ortega y Gasset o el arte de la simulación*— que el viento de los tiempos ha destruido silenciosamente”.

En segundo lugar, “*Clasicismo y revolución en Jorge Luis Borges* examina afortunadamente las nociones de lo clásico y lo romántico, para intuir que Borges, en sus tópicos, fue un revolucionario. Gutiérrez Girardot contribuye a desechar el rótulo de “reaccionario” que muchos asignaron a Borges sobre la base dudosa (entre otras bases dudosas) de su concepción del tiempo. En seguida Gutiérrez Girardot sorprende al lector estableciendo un paralelo entre *Las ruinas circulares* y *Los sonámbulos*, de Hermann Broch. La sorpresa es grata, quizá por lo difícil del encuentro. El autor la lleva a buen término, lo cual no carece de talento.

Los demás ensayos se benefician todos de la lucidez y la meticulosidad de Gutiérrez Girardot. Su sustancia es firme, y sobrelleva sin problemas los riesgos a los que la somete la constante diatriba. Es de lamentar, por otro lado, la modestia formal de los textos, que acaso raye en pobreza en algunos párrafos. La prosa de Gutiérrez Girardot es notable por su carencia de recursos sintácticos, que obliga a frases largas pero incoherentes, pródigas en subordinadas que las comas caóticas no logran salvar para el entendimiento. Los giros torpes, las estructuras pesadas, son consecuencias necesarias de un mal estilo o, al menos, de una redacción poco imaginativa. El libro entero, además, no parece haber sido corregido, o acaso haya sido víctima de una inusual negligencia. Las faltas van desde la errata mecanográfica sin importancia hasta la ausencia de concordancias gramaticales. “Pero el eco que tuvieron, no lo animaron a continuar la obra”, se lee en la página 82 sobre la obra de Theodor Mommsen. No es el único golpe a los ojos del lector.

Al final queda la sensación de que factores que parecerían extraños al preciso argumento filosófico, como la poca elegancia en las burlas onomásticas (Julius Caesar Turbado y ¡Ay! Ala es quizá el peor ejemplo), turban la lectura. Una de las enfermedades predilectas de Gutiérrez Girardot, contra la cual

enfila sus armas hasta tres veces en el libro, es la del rastacuerismo; pero cada vez que el autor explica el origen francés del vocablo, utiliza una grafía distinta. Son minucias que, sin embargo, no deberían impedir la realidad siguiente: la importancia de este autor en el contexto intelectual colombiano es innegable, su presencia es imprescindible. Lúcidos y feroces, los ensayos de Gutiérrez Girardot son una de las pocas arenas con que aún cuenta el espíritu crítico.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Salpicón de arciniegalogía

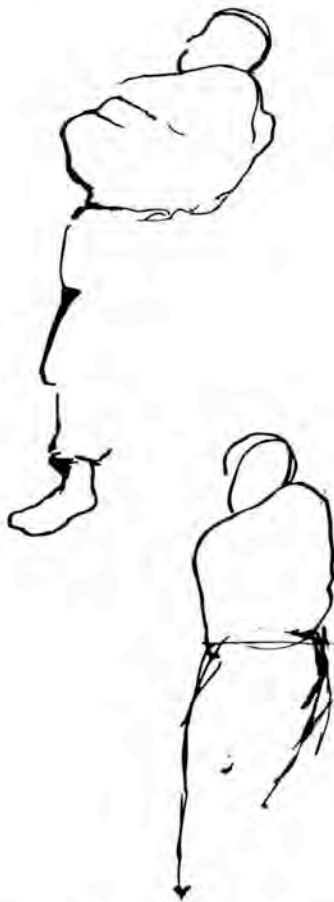
América nació entre libros

Germán Arciniegas

Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Santafé de Bogotá, 1996, t. I, 624 págs.

Dentro del amplio margen intelectual y temporal señalado por el ensayo "La geografía vista desde las ramas de los árboles", escrito en Buenos Aires en febrero de 1941 y publicado en la Revista de Indias, núm. 25, de Bogotá, hasta los más recientes artículos periodísticos publicados por el diario El Tiempo en 1996, el lector de este libro puede sumergirse con toda propiedad en la amplísima obra de Germán Arciniegas. En efecto, a través de una exhaustiva selección de ensayos, presentaciones de libros, discursos y columnas periodísticas, este volumen de la Biblioteca Familiar Presidencia de la República permite reconocer los elementos sustantivos del pensamiento del autor. Estas "columnas estructurales" que Arciniegas ha venido presentando y desarrollando a lo largo y ancho de una obra de la cual se han recogido cerca de 60 volúmenes, se pueden reconocer con facilidad en esta antología de su "obra menor", y a través de ellas podemos asomarnos con relativa comodidad a los vericuetos y complejidades de uno de los pensa-

mientos más representativos de nuestra nacionalidad y de la condición de ser americanos.



Tal como lo señala, en una parte de su presentación del libro, la profesora Consuelo Triviño Anzola, sin poner énfasis en los contenidos y afirmaciones siempre polémicas del autor, sorprende en esta obra la solvencia formal y conceptual con la cual Arciniegas ejerce el oficio de ensayista. Una realidad humana específica genera necesariamente maneras así mismo determinadas que puedan expresarla. De este modo, en el interior de la prolijidad inabordable en que consiste el ser americano, quizá lo único definitivamente inobjetable es precisamente la naturaleza problemática que nos señala y determina desde nuestro primer amanecer histórico hasta el momento. No hay quietud ni certeza en lo que somos, en lo que hemos sido y mucho menos en lo que nos espera hacia el futuro. Las condiciones de formación y consolidación de nuestra historia nos significan

esencialmente como un problema, como una pregunta, como un enorme enigma para resolver. Y tratándose de referirse de alguna manera a esta condición interrogativa, no existe género más adecuado, y por tanto con mayor ascendente entre los pensadores americanos, que el ensayo. En esta disciplina el escritor, lejano de la comodidad de quien definitivamente funde una realidad ficticia o describe objetos y acciones constatables, se arriesga a pronunciarse sobre un asunto enigmático, situándose a medio camino entre la objetividad y la fantasía. El mayor o menor acierto y profundidad conseguidos depende exclusivamente de la hondura intelectual del autor, de su erudición, de su capacidad de síntesis y, sobre todo, como en otros tiempos diría Platón, de su grado de "intuición", que es capacidad de fusionar los extremos, de relacionar lo distanciado, de poetizar la realidad. Desde su primera incursión en el ajeteo literario con su primer libro, *El estudiante de la mesa redonda*, hasta el presente, Germán Arciniegas ha demostrado una sorprendente solvencia en el oficio ensayístico. Los textos recogidos en *América nació entre libros* dan fe de ello.

El libro, que siendo tomo I nos promete continuación, se divide en dos partes. En la primera de ellas, titulada "América nació entre libros", el autor presenta una serie de reflexiones alrededor de una variedad de temas que, sin embargo, se unifican en la problemática americana y las múltiples maneras de abordarla. Historiador de oficio, Arciniegas conoce suficientemente los tópicos oficiales que presentan nuestra realidad y se preocupa por aportar nuevos puntos de vista y ampliaciones de enfoque y perspectiva. Su condición de personaje involucrado sin remedio en el mismo proceso que pretende ilustrar, no le significa pudor alguno. Por el contrario, su trabajo se sostiene sobre la abierta participación, se diseña desde el "formar parte de" y a partir de emociones e intereses que, siendo personales, son inexorablemente históricos. Esta condición, que, por supuesto, ha sido objeto de polémicas innumerables, le significa, en todo caso, la capacidad de acercarse con claridad y precisión al gran público, de manera que asuntos tan